

tierra y libertad

año I — número 4
Barcelona, 6 de diciembre de 1930

* **s e m a n a r i o a n a r q u i s t a**



historia de unas horas

Concretándonos a la última huelga general y presenciando de literatura oficial y oficiosa, apartando los comentarios interesados en preparar los hechos para que «compongan» un argumento, cabe señalar objetivamente lo ocurrido sin más pasión que la verdad.

El lunes por la mañana tenía la ciudad un aspecto extraordinariamente coherente. Circuló del Besós al Llobregat con esa rapidez tan extraordinaria que parece mágica la noticia del paro. Cerró el comercio, se suspendió en absoluto el tránsito y cundió la unanimidad de expectación más que la unanimidad protestataria.

Un paro general se declara, pero no se reglamenta. Un paro general no puede ser pacífico, porque la autoridad provoca, según hemos visto siempre, derramamiento de sangre y no es de esperar que por parte del pueblo quede la protesta cortada. Pues bien: en las primeras horas del lunes las autoridades se encontraron con el conflicto que no esperaban y antes de salir fuerzas a la calle, el pueblo calló, escuchó, miró arder un autobús y anduvo de un lugar para otro haciendo comentarios en voz baja.

Horas después empezó el horrible juego de las armas, iniciado por la llamada «fuerza pública», en la literatura oficial y no contestado por el pueblo en la calle en plena expectación y delirio de mirar. Con la «fuerza pública» rivalizó el Sindicato libre, disparando desde el interior de su palacio (¿Qué hubiera ocurrido si se disparara desde un Sindicato Unido?), y no mercedo que la autoridad clausurara el local, lo que prueba el significado del concepto efectivo de autoridad.

El primer movimiento del pueblo en la calle, pasadas las horas iniciales del paro no fué solamente de expectación, sino de amenaza. Se advertía ésta claramente, y no en lugares céntricos donde los señoritos de «Mirador» contemplaban las cargas desde el balcón, como quien contempla un espectáculo regocijante. Para tener la actitud de aquellos señoritos una semejanza perfecta con la del Sindicato libre, sólo hubiera faltado que los ujieres del abogado de la Compañía de Aguas de Barcelona, Amadeo Hurtado, se hubieran puesto a disparar.

Surgía la amenaza no prevista por las autoridades. Se adsensaba el disgusto y el malestar. Era un cerco que avanzaba sobre la ciudad mientras los señoritos transitaban por la plaza de Cataluña recordando los tiempos en que la mansedumbre del catalanismo radical que atacaba a Cambó por manso, se manifestaba corriendo épicamente y el radicalismo ferrouxiista comía a dos carrillos no menos épicamente en el Municipio, mientras anarquistas y sindicalistas eran martirizados y asesinados. Si las autoridades se mostraron sor-

prendidas por el giro lógico de la huelga general e intentaron una reacción violenta que se manifestó clara y terminante en la reunión fascista de la Diputación, es evidente que la sorpresa alcanzó también a sectores obreros de apelativo revolucionario en la zona de influencia que ejercen sobre ellos los elementos cuyo destino parece definitivamente ligado al orden después de predicar la guerra social durante un cuarto de siglo atronando el espacio con llamamientos a las barricadas y quemando el mundo metafóricamente con sus mares y continentes en cualquier momento de mal humor.

La sorpresa se convirtió en súplica y la súplica en orden de cese, quedando el paro sin justificar ni terminar, sin explicar ni articular. En lugar de ímpetu y decisión hubo medio siglo de revolucionarismo palabrero acumulado, cien mil mítines revolucionarios y unos años de conspiraciones de opereta dignas del operetesco Primo cuando se ejercían actitudes de pésimo tragediante en el poder y fuera del poder, en España y en otros países.

La masa socialista de Madrid protesta cuando quiere, pero el alcance de la protesta y sobre todo el término de la misma lo deciden Largo Caballero, Besteiro y otra porción de capataces semejantes. Declararon tales capataces la huelga general cuando ésta era un hecho, pero la hicieron fracasar cuando quisieron. No parece sino que Besteiro y Largo Caballero permiten bondadosamente de vez en cuando unos días de asueto a las masas hasta que las hacen retirar. Si lo mismo ocurre en Barcelona, huelga que establezcamos un parangón de superávit subversivo para los elementos de acá. Por un momento se sintieron dedicados y activos; pero otro momento marcó la derrota final, los muertos, las persecuciones, las clausuras; la coincidencia entre el acto de obedecer y la victoria fascista. Claro que se abren los sindicatos, pero también es claro que estaban abiertos.

Estamos muy lejos de creer en ese estúpido concepto mesiánico de la revolución que padecemos más que profesan los hombres partidarios de la autoridad, entre los que hay millones de sindicalistas; creemos que la «revolución única» es un mito, que sólo puede sostener un republicano, un socialista de Estado o un sindicalista neutro con su mentalidad de capataz; pero creemos firmemente que el fascismo no merece beligerancia dialéctica, sino réplica violenta. Y una réplica no debe ni puede iniciarse (decimos al pueblo, no a los capataces), para convertirse en zasedero en el que unas docenas de tricornos hacen su ley aumentando la jornada de los enterradores.

del ambiente

Poco es en verdad lo que dejamos tras nosotros.

Las luchas económicas adquieren el desconcertante cariz de llevarnos a un uniformismo calcado en la racionalización que la burguesía impone en las industrias con el exclusivo fin de acrecentar sus ganancias.

Los que se erigen en tutores de las masas no pueden poseer la visión del porvenir.

Los tutelares no poseen el grado de capacidad indispensable para llevar a feliz término sus propias iniciativas. La pretensión de uniformar a las masas, de acoplarlas en el marco de actividades uniformes que responden a una sola e invariable finalidad, lleva aparejada la irrealización de lo que se proponen puesto que las individualidades, refractarias al rebañismo, se agitan y batallan para contrarrestar tal atentado.

El espíritu de dominio en unos y el de personal independencia en otros, determinan esas controversias.

Cuando los hombres defienden ideales y al amparo de los mismos se crean una posición material, relegan a segundo término el ideal para defender, única y exclusivamente, la parte material que la defensa de los ideales les reporta. Todos hemos visto a esos demagogos llamar contra la «de arriba», lo de abajo y lo de enmedio en términos fogosos y exaltados.

De desear sería que las masas o las individualidades que les tocan de la

masa, emprendieran la tarea de borrar del rojo santoral a los que, la masa misma eleva a la categoría de indispensables, de únicos, de invictos y hasta inmortales y tremebundos revolucionarios.

La tarea de desrebañizar es la que se impone. Los rebaños precisan de pastores y éstos, claro está, ordeñan las ovejas. Los rebaños rusos son ordeñados por los dictadores comunistas y si clamamos contra ellos, es ilógico el que con otra denominación se ordeñe a las masas y silenciamos lo que aventamos de los rusos.

Mientras no se lleve a la conciencia de las masas que los ídolos que ella misma crea son los factores más poderosos para perpetrar su esclavitud, las luchas adquirirán insospechada violencia en los medios obreros puesto que vivir por las ideas no es igual que vivir de las ideas. Crear intereses es crear enemigos y el interés particular de uno es diametralmente contrario al general interés.

Lo que precisa, como ya indicamos más arriba, es emprender una asdua labor de desrebañización en las masas, único medio para que dejemos tras nosotros algo aunque sólo sea en sentido iniciado puesto que la labor es árdua.

Si clamamos: ¡Ni Dios ni amo! y elevamos a un fantoche—tal vez un excelente comediante—la categoría de héroe reverenciándole como amo y divinidad, nos haremos acreedores a la tradicional albarda...

ROMÁN CORTES

entreviú con un atribulado

Tonet, es un buen camarada, y aunque optimista, hoy viene a casa más atribulado que nunca.

—Nadie se entiende—me dice.

—Recuerda que las ciencias y las artes han surgido de la discusión, de la negación vital y del inconformismo.

—Sí, pero la discusión por sistema es un contrasentido.

—De acuerdo... Vamos a discutir un rato y no a hacerlo por sistema... Fíjate en los pintores: hay más diferencia entre un clásico y un moderno que entre el artista pintor de cualquier época, y quien niega a la pintura toda importancia, bien sea por atraso cultural o por otra causa... Quiero decir que un expresionista alemán reniega del Tiziano y no da a éste ningún valor, de la misma manera que un ignorante desconoce las cualidades de los pintores.

—¿Y qué quieres decir?

—Pues que las escuelas partidistas han embrollado las cosas en la discusión de categorías artísticas.

—¿Y qué deduces?

—Que de la misma manera que existen academias de Arte, han surgido academias sociales, dogmas, autoridades y guardadores de ritos, censores y teóricos.

—¿Te refieres a la religión de Marx?

—Y a todas las demás concepciones autoritarias. Cuando dos hombres están en desacuerdo sobre la distancia que hay entre dos puntos conocidos, ¿para qué siguen discutiendo? Lo racional es valerse de un metro y dejarse de discusiones.

—Ahora hablas bien. Se trata de emplear un procedimiento de prueba, la piedra de toque.

—La realidad. Cuando se discuten problemas vitales como son los que se refieren a la libertad y a la dignidad del hombre; al derecho natural que tiene para desarrollar sus actividades y clavar en todos sentidos; cuando se clama por el pan y el libro; por una vida que sea estímulo en vez de ser carga, y afirmación en vez de negación, nadie puede permanecer neutral.

—De acuerdo. ¿Y qué elemento decisivo se tiene para salir de la neutralidad?

—Oír a los que discuten.

—¿Y cómo se juzgan?

—Por sus obras más que por sus palabras. Hay un metro que no engaña, para estimar lo que dicen los hombres: el desinterés. Si dos hombres propagan las mismas ideas desinteresadas y uno cobra y traga mientras el otro ayuna ¿a quién vas a creer?

—A los dos, puesto que dicen lo mismo.

—Pero uno practica lo que predica mientras el otro se niega a sí mismo, haciendo lo contrario de lo que dice.

—Y si trabaja, ¿no ha de ganar para vivir? ¿Es incompatible el ideal con el contrato?

—No. Ha de ganarse lo más posible y ha de vivirse lo mejor posible, si se trabaja en realidad, pero pidiendo «resonancia» al capital y no a la asociación. El que no se atreve a pedir a un burgués más dinero y se atreve a pedirlo a un sindicato, no puede hablar de lucha social, ya que obtiene graciosamente lo que cuesta ríos de sangre a los otros trabajadores. El que gana ocho o diez duros semanales en un taller trabajando ocho horas y quiere ganar veinte cobrados de la colectividad trabajando muchas menos horas en un desierto de las grandes pugnas sociales y no las sentirá en lo más íntimo como los explotados que hemos de sufrir por excesivas cargas. Hay muchas colectividades que manejan miles de duros y los secretarios que emplean horas y horas en labor efectiva la hacen después de salir del trabajo habitual sin cobrar nada. Yo he cobrado en un periódico obrero por trabajar del oficio que tengo, pero jamás volví a cobrar, aunque he vuelto a trabajar. He visto que se refugiaban entre los trabajadores los «señores» fracasados y los prófugos del taller.

F. ALAIZ

El Comité Regional pro-proceso ha publicado un detallado estado de cuentas revisado por los organismos representados en aquél. Según resumen general que alcanza a fin de octubre pasado, restan en caja 4.427'40 pesetas.

a los que quieren la anarquía

Del mismo modo que nos abruma el discurso desarticulado, la perorata insulsa en nuestra propaganda oral, así también nos fastidia soberanamente el subjetivismo sin contenido y la literatura inobjetiva en la propaganda escrita. Ni que decir tiene, entonces, que nosotros en lo que nos proponemos decir, trataremos con el mayor empeño de no caer en ese vicio que desde hace tiempo nos ha parecido ver en nuestras publicaciones; en las publicaciones anarquistas y en las de tendencia libertaria. (De esto formularemos algún juicio cuando corresponda.)

Ahora nos interesa sobremedidamente hablar a los camaradas anarquistas en el tono más familiar que pueda hablarse a cada uno y a todos simultáneamente.

Es de perentoria necesidad dirigir una miradas serenas en torno nuestro y sobre nosotros mismos; es urgente que contemplemos con detenimiento e interés el estado en que nos encontramos a la hora presente, o, dicho de otro modo, la situación porque atraviesa nuestra propaganda, el mundo adverso que rodea a nuestra causa, las perspectivas favorables o adversas que tiene en este momento la historia.

Pero antes de mirar en torno nuestro los que aceptaron los postulados del ideal anarquista, los que no vacilaron un momento en la lucha por la defensa de nuestras ideas, cuantos perseveran aún alentados por una firme convicción es preciso que, en un momento de abstracción, dirijamos sobre sí una mirada introspectiva que pongan en parangón lo que piensan y sienten con lo que dicen y hacen. Debemos conversar alguna vez a solas con nuestro propio corazón.

Aunque solo sea por contraposición con la enfermedad de deportismo que nos invade, por no seguir las turbas manías de los ejercicios físicos, deber nuestro es entregarnos a ejercicios espirituales que habrán de aportar a nuestra causa óptimo provecho. Y esos ejercicios no se practican solamente dedicándonos a la lectura y al estudio, puesto que, no solo no son anarquistas cuantos leen y estudian, sino que muchos de ellos son enemigos cordiales de nuestras ideas. Hasta hay alguno que, proclamándose anarquista, le hace un floco servicio al anarquismo.

Debemos, pues, consagrar una incesante preocupación por averiguar si dentro de nosotros existe la certidumbre, esto es, la fe en lo que decimos a los demás, el conocimiento de lo que propagamos. Tratemos de mantener siempre la más estrecha conciliación con nuestra conciencia; bajemos, por ende, al fondo de ésta y salgamos purificados de su entraña para seguir después el camino que ella nos dicte, para reconciliarnos, si acaso los habíamos traicionado, con nuestros más íntimos sentimientos, con las inclinaciones que en nuestro fuero interno sean predominantes. Que no engañe a los demás ni se mienta a sí mismo el que no sea participante de nuestros anhelos, quien no comparta nuestras inquietudes.

La sinceridad es una virtud que ennoblecce hasta a los más indignos. Cuando se posee este atributo se vive inmune de los vicios vituperables y degradantes de la hipocresía y de los peligros de la traición. Al contrario, cuando el vicio de la insinceridad se apodera del hombre, se está siempre expuesto a caer en las peores degradaciones morales. La caída será cuestión de tiempo y de circunstancias solamente.

Convenzámonos a nosotros mismos, ¡esto es lo primero y lo más capital!, de lo que sentimos, de lo que pensamos. Y tras de este examen de conciencia, que cada cual siga el imperativo de sus convicciones. Preferimos un sacristán sincero a quien se define, mejor dicho, se invoca anarquista y no lo es.

Que cada uno ocupe su lugar y se sitúe entre los suyos. Aquellos para quienes la república, por ejemplo, constituye un ideal, deben declararse francamente republicanos. Y los que de verdad quieren la anarquía, que obran de tal modo como para que sus actos les revelen como anarquistas. Nos parece que es harto llegado el momento como para terminar entre nosotros con ambigüedades y confusionismos.

Estamos cansados de anfilogías y de lenguaje, de snobismo revolucionario y

de posturas de equilibrio. Hay que saber de una vez cuántos somos y adónde vamos. A los que quieren la anarquía nos dirigimos: ¿No ha llegado aún la hora de sincerarnos ante nosotros mismos y ante los demás diciendo claramente qué es lo que somos y qué es lo que en todo momento y lugar nos proponemos? ¿Hay que decir a los cincuenta años de propaganda anarquista lo que todo el mundo sabe de nosotros hasta la saciedad? Fuerza será repetir lo por millonésima vez, puesto que parece ser que hubiese el mayor afán por olvidarlo: Somos antiautoritarios, y en consecuencia antiestadistas. La guerra contra el Estado, cualquiera que sea su estructura y su calificación política, la voluntad y el pensamiento antiautoritarios, constituyen el denominador común en la actividad múltiple y diversa de todos los anarquistas.

Se infiere de lo dicho que siendo enemigos del Estado—porque es un instrumento de dominación, sean cuales fueren sus formas políticas y sus normas jurídicas—lo somos igualmente de todas las manifestaciones en que la autoridad se expresa y de todas las corrientes que se inspiran en esta. Somos, pues, de igual modo antipolíticos (tomada la palabra política en su sentido histórico), porque los partidos políticos no otra cosa son que hermanos menores del Estado, Estados en potencia. Hemos dicho antipolíticos porque del apoliticismo ya estamos hasta las fosas nasales.

Teniendo en cuenta estos últimos razonamientos, nos hemos dirigido y continuaremos hablando a los anarquistas en espera de escuchar alguna voz acorde con la nuestra.

ISMAEL MARTÍ

el revisionismo

No es mi pensamiento el de entablar una polémica sobre esa cuestión; porque a mí parece, hay otras cuestiones en qué ganar el tiempo.

Creo no equivocarme al decir que el individuo que es consciente y convencido de que no hoy otra idea tan justa como la anarquía, no debe de perder el tiempo. Lo debe de emplear nada más que en propagar, hasta su realización.

Fuera de esa realidad, todo son palabras vacías.

¿Es que el individuo se ha ya emancipado integralmente?

¿Es que el trabajador ha realizado ese anhelo de justicia que es la integridad del producto de su trabajo?

Rolundamente, con ellos o sin ellos digo: ¡No!

¡Más aún! Hasta que no haya realizado ésto, el individuo no ha hecho nada; todo está por hacer.

Fuera de esa realización, todo es utopía en una sociedad hasta «futurista».

El valor del sindicalismo, es que socialmente pregona hasta su realización, la emancipación del obrero en el terreno económico.

Luego, la tarea del grupo anarquista y del anarquista, es de pregonar y realizar según las épocas, en el terreno intelectual y moral del individuo, la libertad individual.

Combatir la autoridad del ajeno y en sí mismo.

Siendo así, ¡cada agrupación socialmente hablando, tiene tarea propia para propagar la realización de la anarquía!

La principal, es saber lo que se desea; una vez que individualmente se sabe lo que se quiere, ponerse de acuerdo; porque se sabe lo que se quiere.

Ser sincero y coherente con lo que se dice y se hace, para acabar de derribar esta sociedad.

A los compañeros anarquistas les digo: Que sedís sindicalistas, que sedís naturalistas o, de algún otro ísta, si vosotros para la libertad integral del individuo, ¡todos somos anarquistas!

Hasta que el individuo no haya realizado su emancipación integral, ¡adelante!

PIERRE SAYAS